



# JULIA LONDON

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

LA INSTITUTRIZ Y  
EL ESCOCÉS

Bernadette Holly, una institutriz inglesa, había cometido el error de fugarse con su amante, y ese error le había costado su reputación. Ya no tenía miedo de nada; ni siquiera del sombrío y peligrosamente atractivo escocés que se debía casar con la joven que estaba a su cargo, la inocente Avaline Kent.

Avaline estaba aterrada ante la perspectiva de casarse con Rabbie Mackenzie, pero no lo podía rechazar sin caer en desgracia. Bernadette tuvo entonces una idea: convencer a Rabbie de que anulara el compromiso matrimonial... mientras hacía verdaderos esfuerzos por no rendirse ella misma a sus encantos.

Sin embargo, la situación de Rabbie no era mejor. Estaba obligado a casarse con una inglesa que, para empeorar las cosas, era tan cándida como infantil. No se parecía nada a su aguda y apasionada institutriz, cuyo carácter le había devuelto el entusiasmo y la alegría que había perdido tras la fracasada rebelión jacobita.

Lamentablemente, el futuro del clan de los Mackenzie dependía de ese matrimonio. Pero ningún escocés de las Tierras Altas habría podido renunciar al amor verdadero.

A las Tierras Altas de Escocia.  
Que sigan alimentando las fantasías de los  
lectores durante cientos de años.

# Capítulo 1

*Las Tierras Altas (Escocia), 1750*

**R**abbie Mackenzie estaba en lo alto del acantilado, con la punta de las botas más allá del borde. Ante él, no había nada salvo vacío. Era una caída importante, y una simple ráfaga de viento le podía empujar.

¿Cómo sería la caída? ¿Planearía como los pájaros que se sumergían en el mar para regresar después a la superficie? ¿Se precipitaría como una piedra? ¿Estaría vivo cuando llegara al agua? ¿O su corazón lo traicionaría antes del momento final?

Seguramente, perdería la vida al impactar contra las rocas que se ocultaban bajo la espuma, y hasta era posible que no sintiera nada. Luego, la marea bajaría y arrastraría su cuerpo a mar abierto, como hacía con todos los residuos; pero, de momento, estaba alta, y las olas rompían con violencia contra la pared del acantilado.

Era una situación de lo más irónica. Anhelaba la muerte porque echaba de menos las Tierras Altas de su juventud, cuando la gente no tenía miedo de morir. Y, sin embargo, no encontraba el valor necesario para matarse.

Rabbie habría dado cualquier cosa por volver a esa época, antes de que las tropas inglesas derrotaran a los escoceses en los páramos de Culloden. Extrañaba el tartán y los armamentos de los poderosos clanes, ahora proscritos. Extrañaba las *feills*, las fiestas con torneos donde los hombres

competían y saciaban su sed con cerveza, servida por muchachas de buen ver.

Por desgracia, esas Tierras Altas habían desaparecido. Los ingleses habían quemado localidades enteras, ahorcando a sus vecinos o deportándolos a territorios de ultramar. Ya no había nadie que trabajara los campos. No había ovejas ni reses, porque los invasores las habían vendido. Y todo parecía un erial, carente de color y de vida.

Ni el propio Balhaire, hogar de los Mackenzie durante siglos, había salido indemne. Se habían mantenido al margen de la rebelión de los jacobitas, que intentaban devolver el trono a los Estuardo. Habían optado por la neutralidad. Pero, después de que los ingleses masacraran a tantos escoceses en Culloden, la mitad del clan había huido por miedo o por las acusaciones falsas que recaían sobre ellos.

Incluso él había tenido que huir. Y ahora había vuelto, tras dos años de exilio en Noruega.

Sí, era simpatizante de la causa rebelde, aunque no hubiera combatido. El hecho de que su madre y la esposa de su hermano fueran *sassenach*, como los llamaban en las Tierras Altas, no implicaba que los ingleses le gustaran. Estaba de acuerdo con la familia de Seona. Escocia no levantaría cabeza hasta que no se librara de los abusivos impuestos del rey Jorge.

Estaba de acuerdo, sí, pero no se había manifestado públicamente contra la Corona. Y, sin embargo, los ingleses lo habían convertido en un proscrito, habían quemado más de la mitad de pueblo que se alzaba a los pies de Balhaire, se habían incautado las reses y habían echado a perder los campos.

¿Cómo no iba a extrañar su juventud? Especialmente, porque ni siquiera sabía lo que le había pasado a Seona. ¿Habría muerto? ¿Seguiría con vida? ¿Llegaría a saberlo alguna vez?

Justo entonces, notó que algo se movía en la bocana de la escondida caleta. Era la proa de una embarcación,

que saltaba sobre las olas mientras su capitán maniobraba entre los arrecifes y la pared del acantilado. Debía de ser su hermano Auley, que volvía de Inglaterra.

Rabbie se asomó de nuevo al vacío, esperando que el viento tomara la decisión por él. Una ola arrastró las algas que yacían sobre las rocas, las empujó hacia la caleta y se las tragó.

Después, se apartó del borde. No había llegado su momento, sino el momento de conocer a su prometida.

La calle principal del pueblo, otrora bullicioso, estaba prácticamente desierta. La herrería y la taberna, que también servía de tienda de ultramarinos, eran los establecimientos abiertos.

Rabbie subió a la fortaleza de Balhaire y pasó bajo las enormes puertas de la muralla exterior. Había muy poca gente. Hasta los perros parecían haber huido. Y, en cuanto a los pasillos interiores, estaban tan desnudos como el día de su construcción, porque los ingleses se habían llevado las armas y escudos que los decoraban.

Sus botas resonaban en los suelos de piedra cuando tomó el camino del despacho de su padre, señor de Balhaire y jefe de lo que quedaba del clan de los Mackenzie. Sabía que estaría allí, y lo encontró inclinado sobre su mesa, con el ceño fruncido. El drama de la guerra había teñido su pelo de blanco; pero seguía siendo un hombre robusto, a pesar de tener mal una pierna.

—*Feasgar marth, athair. Ciamar a tha thu<sup>[1]</sup>?* —dijo Rabbie al entrar.

—Hola, Rabbie —dijo su padre, quien se quitó los guantes y se frotó los ojos—. Sí, estoy bien, gracias... Te hemos echado de menos en el desayuno. ¿Dónde te habías metido?

Su hijo se encogió de hombros.

—He salido a pasear.

Arran Mackenzie se volvió a poner los quevedos y lo miró como si tuviera intención de decir algo, pero guardó silencio. Rabbie era consciente de que su familia estaba preocupada por su estado emocional, y hacía lo posible por tranquilizarlos, aunque no lo conseguía. ¿Quién podía fingir contento a partir de la nada?

Se acercó al mueble de los licores, se sirvió un *whisky* y se lo bebió de un trago antes de girarse hacia su padre con la licorera. Arran sacudió la cabeza y clavó la vista en el recipiente, esperando que lo devolviera a su sitio. Sin embargo, Rabbie se sirvió un poco más.

—Acabo de ver el barco —le informó.

Rabbie no dijo a qué barco se refería, porque solo podía ser uno. Los ingleses les habían confiscado el otro, y ahora dependían del viejo cascarón.

—Me alegro —replicó su padre—. La idea de que Auley esté en Inglaterra me inquieta tanto como la posibilidad de que mi hijo mayor se presente en Balhaire.

Arran se refería a Cailean, quien se había casado con lady Chatwick, una dama inglesa. Vivían en Chatwick Hall, lejos de los problemas políticos; pero Chatwick Hall estaba en Nottinghamshire, e Inglaterra no era un lugar seguro para un escocés.

Rabbie se bebió el segundo *whisky* y se acercó a la ventana, luchando contra el deseo de tomarse otro. Su reciente afición por la bebida le estaba causando problemas con su madre, pero no lo podía evitar. Y ese día, menos que ninguno, porque la comitiva de su prometida estaba a punto de llegar a Balhaire, aunque su padre no lo hubiera mencionado.

—Ya está decidido, ¿no?

—¿A qué te refieres? —dijo Arran.

Rabbie no se molestó en responder. Su padre lo sabía perfectamente, como demostró un momento después, cuando suspiró y dijo:

—Te lo he dicho mil veces, y te lo volveré a repetir. La decisión es tuya. Yo no te puedo obligar a que te cases. Pero, ¿por qué lo preguntas? ¿Es que has cambiado de opinión?

Rabbie soltó una carcajada amarga.

—¿Cambiar de opinión? ¿Y dejar a Balhaire sin protección alguna? ¿Permitir que los ingleses vengan y lo dismantelen todo? No, *athair* —dijo, sacudiendo la cabeza—. No he cambiado de opinión. Haré lo que debo hacer.

—Siento que tengas que pasar por esto, hijo mío. Pero Cailean dice que es una mujer bella... Supongo que eso facilita las cosas.

Rabbie pensó que solo las empeoraba. Nadie le podía gustar tanto como Seona MacBee, la pelirroja de intensos ojos marrones. ¿Por qué no se había casado con ella antes de la guerra? Si lo hubiera hecho, se habría marchado a Noruega con él. Si lo hubiera hecho, seguiría viva.

—Como si eso me importara ahora —replicó con tristeza.

Su padre se levantó y caminó a duras penas hacia él, apoyándose en un bastón.

—Es joven, Rabbie —dijo, poniéndole una mano en el hombro—. Se doblegará a tu voluntad. Será la mujer que tú quieras que sea. Y, por otra parte, no es necesario que te condenes a ella. Cásate, consume el matrimonio y, luego, búscate una amante.

Rabbie miró a su padre con asombro.

—Pasa tu tiempo en Balhaire, o mándala a Inglaterra a pasar los veranos —prosiguió Arran, que se encogió de hombros al ver su cara de sorpresa—. Dicen que las situaciones desesperadas exigen soluciones desesperadas, ¿no? A tu madre y a mí nos habría gustado que las cosas fueran distintas, pero no tenemos otra opción. Si algún inglés quisiera casarse con una escocesa...

—No, de ninguna manera —lo interrumpió, decidido a ahorrarle ese destino a su hermana pequeña, Catriona—.



Seré yo. Tengo que ser yo.

—Nadie te obliga a casarte, Rabbie. Si no te quieres casar, no te cases.

—No quiero, pero soy la única esperanza que le queda a Balhaire.

Arran sonrió con tristeza.

—En ese caso, cerraremos el acuerdo esta misma noche. Salvo que tú decidas lo contrario, por supuesto.

En realidad, Rabbie no tenía elección. Se sentía como un ratón atrapado detrás de una puerta, con un gato esperando al otro lado. Cualquier intento de huida implicaría la muerte; pero no la suya, sino la de todo lo que amaba.

El padre de la mujer que se podía convertir en su esposa ya había comprado Killeaven a la Corona, después de que esta se la quitara a los Somerled. Si no se casaba con ella, compraría también los terrenos de Balhaire, empezando por los que habían abandonado los Mackenzie proscritos. Y no lo podrían impedir.

En otras circunstancias, los habrían comprado ellos mismos con los beneficios de su principal negocio, el contrabando; pero la guerra lo había dañado gravemente y, para empeorar las cosas, no quedaba nadie que pudiera comprar sus productos. Necesitaban las tierras. Sin ellas, no habría campos de cultivo ni ganado que criar.

Aquel matrimonio era su única esperanza. Si se casaba con la *sassenach*, cuya dote incluía la propiedad de Killeaven, los Mackenzie tendrían alguna posibilidad de salir adelante; si no, estaban perdidos.

La llegada de la comitiva causó una verdadera conmoción. Frang, el mayordomo de los Mackenzie, les informó de que eran dieciséis personas en total: los padres de la joven, uno de sus tíos, un montón de criados y una institutriz.

—¿Una institutriz? —dijo Rabbie con desdén—. ¿Tiene diecisiete años y necesita una institutriz, como si fuera una

niña?

—Bueno, no es exactamente eso —intervino su madre, Margot—. Por lo que tengo entendido, es una antigua institutriz que ejerce de doncella.

—¿También tendré que hacerme cargo de esa mujer?

Su madre frunció el ceño, aunque se las arregló para fruncirlo con elegancia, virtud que Rabbie no había visto nunca en otra mujer.

Arran y ellos estaban en el viejo estrado del gran salón de la fortaleza, donde se sentaban los señores de Balhaire desde hacía dos siglos. Al fondo, se oían las voces de los *sassenach*, que se acercaban por el corredor en compañía de Auley, quien los invitó a entrar al cabo de unos instantes.

A la cabeza del grupo iba un hombre alto y delgado que, por su cara empolvada y su elegante indumentaria, debía de ser el barón de Kent. El hombre miró el salón con sorpresa, como si no hubiera visto un castillo medieval en toda su vida, y Rabbie se acordó de lo que había comentado la mujer de Cailean cuando les habló de él.

Daisy dijo que Bothing, la residencia de Kent, era una mansión de tres pisos de altura, mucho más grande que Chatwick Hall. Rabbie no había estado nunca en Chatwick Hall, así que no tenía elementos de juicio; pero, por la cara que puso, supo que debía de ser un sitio grandioso. Y, si efectivamente lo era, Balhaire le parecería un lugar tosco y provinciano.

¿Qué opinaría entonces de Killeaven, que había comprado sin verla?

Rabbie olvidó el asunto cuando Auley avanzó hacia el estrado con el grupo. Había perdido peso desde la última vez que se habían visto, y su piel tenía un tono más moreno, consecuencia evidente de pasar demasiados días en el mar.

Auley saludó a sus padres en gaélico escocés y, a continuación, hizo lo propio con su hermano.

—Bueno, ¿qué te parecen? —preguntó Arran sin cambiar de idioma.

—No son tan terribles —contestó Auley, cuya melena rubia estaba más larga que nunca—. Aunque la joven es demasiado tímida.

Rabbie no dijo nada. No quería una jovencita tímida; si se tenía que casar, necesitaba una mujer. Pero la única mujer de verdad que había en el grupo era una morena alta, de vestido sobrio, que se había apoyado en una pared y miraba con humor al perro que le estaba olfateando el dobladillo. Estaba tan tranquila como si se encontrara en su casa, lo cual era bastante extraño.

—*Ceud mile failte*<sup>[2]</sup>, milord —dijo Arran, levantándose—. Bienvenido a Balhaire.

—Tiene una residencia de lo más peculiar —replicó el barón, cuya peluca blanca era tan ridícula como la del hombre que lo seguía—. Le agradezco que nos haya recibido. Tengo entendido que Killeaven está a poca distancia de aquí.

Arran Mackenzie bajó del estrado, apoyándose en su bastón. Pero, a pesar de sus dificultades físicas, Rabbie pensó que seguía siendo un caballero imponente, que dejaba en nada a lord Kent.

—A unos seis kilómetros, aunque espero que pasen la noche en nuestro hogar y descansen antes de seguir viaje —replicó—. Permítame que le presente a mi esposa, lady Mackenzie.

Margot Mackenzie hizo una reverencia y, a continuación, lo saludó. Kent, que pareció encantado con su acento inglés y su indiscutible elegancia, les presentó a su vez a su hermano, lord Ramsey. Entonces, la matriarca de los Mackenzie se giró hacia Rabbie y dijo:

—Aquí lo tienen.

—Un gran espécimen —declaró lord Kent, mirándolo con detenimiento—. Tan apto físicamente como su padre y

su madre, si me permite decirlo... Ven, Avaline, acércate a tu futuro esposo.

La joven avanzó con inseguridad. Era de ojos verdes, mejillas sonrosadas y cabello rubio. Tenía un aspecto tan frágil que Rabbie pensó que la aplastaría si se tumbaba sobre ella en su noche de bodas; lo cual sería un problema, porque las vírgenes no estaban acostumbradas a ponerse encima.

—Milord, milady... —dijo Rabbie.

—Un joven verdaderamente fuerte —insistió Kent, asintiendo como si estuviera ante una res de primera—. Estoy seguro de que me dará muchos herederos. Pero discúlpe-me... aún no le he presentado a mi hija, la señorita Avaline Kent de Bothing. Es muy bonita, ¿verdad?

—Lo bastante —replicó Rabbie, mientras ella se mordía el labio inferior.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Solo se oyó el carraspeo de la morena que estaba apoyada en la pared. Y entonces, lord Kent rompió a reír.

—¡Lo bastante! —exclamó con humor.

Margot pegó una patada subrepticia a su hijo, quien no tuvo más remedio que acercarse a su prometida.

—Encantado de conocerla, señorita Kent.

—Lo mismo digo, milord.

Mientras Avaline le hacía una reverencia, Rabbie volvió a mirar a la mujer de la pared. Sus ojos eran de color avellana, y tenía el pelo tan oscuro como el de su hermana Vivienne. Pero, al darse cuenta de que la estaba mirando, frunció el ceño con desaprobación, lo cual le molestó. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo se atrevía a juzgarlo?

—Siéntese con nosotros, señorita Kent. Debe de estar agotada —dijo Margot, pasándole un brazo alrededor de los hombros.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó Kent, como si la hubiera perdido en alguna parte.

Una segunda mujer se sumó a ellos; era de baja estatura, y saludó a la señora de Balhaire con la misma timidez que mostraba su hija. Rabbie suspiró y se giró de nuevo hacia la misteriosa desconocida que tanto condenaba su actitud. Pero parecía haber desaparecido.

—Rabbie, querido... deberías sentarte con la señorita Kent —dijo su madre, con voz amable y mirada asesina.

—Por supuesto.

Rabbie se sentó con ella a regañadientes, buscando a la morena con la mirada. Sin embargo, ya no estaba allí.

## Capítulo 2

**B**ernadette Holly echó un vistazo a la húmeda habitación que le habían asignado; o, más bien, a la que habían asignado a Avaline. Ella estaba en la antecámara adyunta a la habitación, donde se vería obligada a dormir en un colchón de paja por si la jovencita tenía que levantarse en mitad de la noche y no encontraba el orinal.

Si hubiera dicho eso en voz alta, alguien podría haber llegado a la conclusión de que despreciaba a Avaline, pero se habría equivocado. La apreciaba mucho, y le estaba muy agradecida, aunque a veces pensaba que no tenía ni dos dedos de frente.

La estancia era pintorescamente medieval, y hacía tanto frío que Bernadette descorrió las pesadas y polvorientas cortinas para ver si la ventana estaba abierta. Por desgracia, no se trataba de eso, sino de un problema de difícil solución: era tan vieja que el viento se colaba por las ranuras.

Ya que estaba allí, se inclinó hacia delante y contempló el paisaje. El sol se estaba ocultando tras las colinas, dándoles un tono rojizo que, a su vez, se fundía con el verde oscuro de las sombras que proyectaban.

Bernadette pensó que era un lugar tan inhóspito como extrañamente hermoso. Su severidad le resultaba fascinante, pero Avaline no compartía su opinión. Esa misma tarde, mientras su barco atracaba en el muelle, le había comentado que lo encontraba tan lúgubre y desolador como un cementerio.

Justo entonces, la puerta se abrió. Bernadette corrió las cortinas y se dio la vuelta a tiempo de ver que Avaline se estaba despidiendo de la persona que la había acompañado a sus aposentos.

—Buenas noches —le dijo antes de cerrar.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? —preguntó Bernadette.

Avaline respiró hondo. Parecía al borde del desmayo, aunque eso no tenía nada de particular, porque siempre tenía ese aspecto.

—Es imponente —respondió.

Bernadette pensó que era una definición exacta. Alto, duro y de ojos grises, increíblemente fríos.

—Oh, no sé si lo podré soportar... —continuó la joven, que se sentó en la cama.

—No desesperes —replicó, sentándose a su lado—. A fin de cuentas, es la primera vez que os veis, y todo el mundo estaba nervioso. Hasta el señor Mackenzie lo estaba.

—¿Lo dices en serio?

—Naturalmente —mintió.

A decir verdad, Bernadette tenía la sensación de que Rabbie Mackenzie no había estado nervioso en toda su vida. Lo había observado con detenimiento, y le había parecido arrogante, seguro de sí mismo y algo maleducado, pues era evidente que se consideraba mejor que su prometida.

—Están negociando los términos de nuestra boda en este mismo momento. Mi padre, él y, por supuesto, su padre y su hermano —le informó Avaline—. Me ha parecido tan distante e insensible... pero su hermano es encantador, ¿no crees? Se lo he mencionado a mi madre, y me ha dicho que no debo pensar en el capitán.

—Hablando de tu madre, ¿dónde está?

Bernadette lo preguntó con curiosidad, porque lady Kent era tan tímida y escurridiza como un ratón, y nunca sabía dónde estaba.